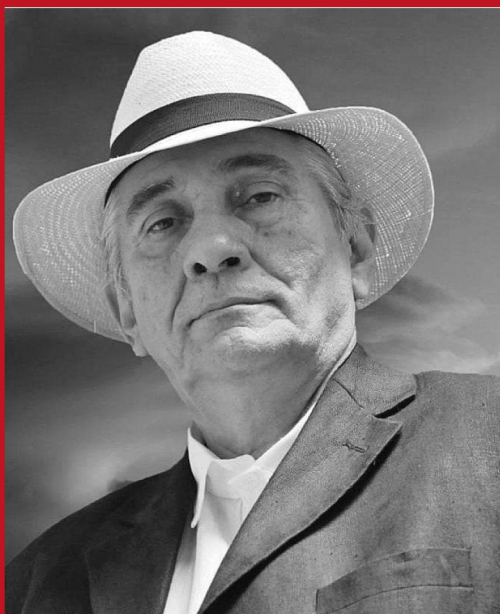


Conversación **con** *Dylan Thomas*



Waldo Leyva





WALDO LEYVA (Remate de Ariosa, Villa Clara, 1943). Poeta, narrador, periodista y ensayista. Ha publicado más de veinticinco libros de poesía. Es autor de los libros de ensayo *Tiempo somos* y *Ensayos sobre la décima en la tradición lírica de Hispanoamérica* y *El otro lado del catalejo* (periodismo). Cuentos suyos y relatos testimoniales han aparecido en diversas publicaciones. Ha sido ganador del X Premio Casa de América de Poesía Americana, el Rafael Alberti y el IV Premio Victor Valera Mora. Sus poemas han sido traducidos a diversas lenguas.

Conversación
con
Dylan Thomas

Waldo Leyva

C O L E C C I Ó N

JOSÉ GOROSTIZA

Poetas del mundo

Guillermo Narváez Osorio

Rector

Conversación
con
Dylan Thomas



UNIVERSIDAD JUÁREZ
AUTÓNOMA DE TABASCO

Primera edición, 2023

D. R. © Universidad Juárez Autónoma de Tabasco
Av. Universidad s/n, Zona de la Cultura
Colonia Magisterial, C.P. 86040
Villahermosa, Centro, Tabasco

Para su publicación esta obra fue aprobada por el sistema de "revisión abierta" por pares académicos. Los juicios expresados son responsabilidad del autor.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor.

Portada y diagramación: Fernando Ramos Bedoy
ISBN: 978-607-606-644-7

Hecho en Villahermosa, Tabasco, México.

PARA MARGARITA, SIEMPRE



A modo de introducción

El poema que tiene en sus manos el lector, formó parte del Homenaje Internacional que se le rindió, en el mes de mayo de 2021, al imprescindible poeta británico, de origen galés, Dylan Marlais Thomas (Swansea, 1914--Nueva York, 1953). La Revista Literaria Taller Igitur se sumó, desde México, a este justo reconocimiento. Fernando Salazar Torres, director de la revista, tuvo la gentileza de invitarme a colaborar.

Dylan Thomas ha sido, desde siempre, un poeta al que vuelvo, aun cuando nuestras poéticas tienen limitados puntos de contacto. Su intensidad, su regreso, una y otra vez, a los cambiantes escenarios temporales, su afán en desentrañar los acertijos de la muerte y una vocación irrenunciable que lo impulsaba a darle cuerpo y sustancia a los recuerdos de la infancia y la adolescencia, entre otros temas, me lo hacen muy familiar, de manera que me resulta cómodo dialogar con él.

Realmente nunca había pensado en escribir texto alguno, donde Dylan resultara protagonista. La invitación de Fernando me pareció atractiva, pero estuve a punto de negarme. Sin embargo, como digo en la primera parte de este largo poema, viendo una noche *Cenizas y Diamantes*, ese clásico del cine polaco, debido a la maestría del director Andrzej Wajda,

volvieron a mi memoria, sin explicación posible, algunos versos de Dylan Thomas, especialmente aquel donde insiste en recordar que la muerte no tendrá señorío, y ahí empezó a nacer lo que después sería una larga conversación con el poeta. La creación tiene esos misterios. Uno nunca sabe en qué momento, o cuál será el estímulo que liberará ese verso inicial, escondido en algún sitio de la memoria.

Para quienes conocen la poesía que he ido publicando a lo largo de varias décadas, este poema les resultará, cuando menos, una novedad. Nunca me había aventurado en la creación de textos de largo aliento, término usado con frecuencia por ciertos especialistas, al referirse a obras como la que pongo a la consideración de los lectores. En la tradición lírica mexicana no resulta extraño este proceder. Sobran los ejemplos de “poemas ríos” que enriquecen la poesía de nuestra lengua. Baste citar *Muerte sin fin*, de José Gorostiza.

En esta *Conversación con Dylan Thomas*, pongo al galés a participar en el poema, citando versos suyos, fragmentos de cartas y pasajes de su *Under Milk Wood*. Pero también multiplico el diálogo, dándole voz a Caitlin, su Caitlin, y a otros autores. Para el lector no resultará difícil darse cuenta de que, además, me aventuro a dialogar con su tiempo, época marcada por la violencia y la muerte, y con el nuestro, donde el mismo signo sigue imponiendo su señorío y es postergada, una y otra vez, la esperanza. Estoy seguro de que los versos que siguen a esta nota, no dejarán indiferentes a quienes asuman su lectura.

No me parece ocioso confesar que creo en la poesía. No con la fe ciega de los que ponen, en manos de una entidad superior, el destino de sus vidas. Creo en la poesía como un alimento imprescindible para el ser humano, como la forma más completa para su enriquecimiento, como la voz más entrañable, la única poseedora de todos los registros del espíritu. Es mi sostén. Gracias a ella puedo comunicarme con lo más oscuro o luminoso de mi mismo, con mis semejantes, con el mundo.

México y septiembre de 2021.



I

Es curioso, Dylan Thomas,
ayer, en medio de otra noche
marcada por la Peste,
donde era imposible rescatar el sueño,
recordé, con una insólita precisión,
varias escenas de *Cenizas y Diamantes*.

Volví a esas horas polacas y confusas
del ocho de mayo
de mil novecientos cuarenta y cinco,
a las velas que combatían con la sombra,
a la punzante disyuntiva de los hombres
atrapados entre la alegría de la victoria,
la presencia de la muerte,
y cierta incertidumbre
por el destino del país.
Nunca sabré
por qué se me vinieron de golpe
algunos versos tuyos.
Pensé, sin explicación alguna,
que cuando el trágico protagonista

de la película de Wajda moría solo,
entre los desperdicios de su tiempo,
tu estarías, tal vez, en la BBC
o paseando, acompañado por la niebla
y la embriaguez, por la no tan imaginaria
geografía de Llaenggub.
Quise escuchar tu voz potente.
Me serví un generoso whisky
con la esperanza de encontrar,
en el elíxir milagroso,
los timbres hondos
y desgarradores de tu poesía.
Sé que, para ti,
al igual que para mí,
la poesía representa
*la mitad de la vida y toda la demencia.*¹

La noche,
el mar,
los adoquines sombríos,
los ecos de la guerra,
ciertos pájaros negros
de ojos verdes,
tomaban cuerpo
en una memoria que no tengo
y te oigo repetir, una y otra vez,
el tiempo pasa,
el tiempo pasa, el tiempo pasa.

¹ Del Último Reino.

Todos *los desnudos muertos serán uno*.
Seguirá la luz naciendo de sus huesos
y no habrá polvo ni ceniza
sino esa sustancia *conocida*
*con que se amasan las estrellas*².

No aceptes con docilidad la noche,
insistía tu voz que nunca oí.
La noche husmea
cargada del áspero salitre,
con su aliento marcado por el yodo.
Niégate a la sombra,
aunque los sabios aseguren
que la oscuridad nos absorbe.
Confúndete con los rayos que hieren,
con los latigazos de la luz
que descubren en la piel
el origen de todas las tormentas.
Pienso, Dylan Thomas,
en la muerte de la que tanto hablabas,
en las ciudades arrasadas,
en *las crines ardiendo*,
en *la sal que no ha nacido*,
en el agua ceremonial
batiendo contra las rocas.
Locura y lucidez
confundidas en la arena
mientras tu voz,

² Nicolás Guillén.

sin ocultar la ebriedad,
resuena estentórea,
desde todos los confines
de la memoria.

La muerte no tendrá señorío.

Lo repites una y otra vez,
como un exorcismo.
No sé por qué, Dylan Thomas,
pero vuelvo a Polonia,
me sirvo, en tu honor,
un añejo dorado de mi tierra.

Te pido, ahora, que me acompañes.
Es dieciséis de mayo
de mil novecientos cuarenta y tres.
Acabo de nacer.
Mi madre tiembla aún
sobre la cama donde parieron
todas las mujeres de la familia
y bajo cuyas sábanas
jamás se veló un muerto.

Es dieciséis de mayo.
Estamos en Varsovia.
En las ruinas,
en las heridas calles del Gheto.
En las cloacas,
el hedor a piel tatuada

por el fuego y la pólvora,
levanta en el aire
*otras paredes con el polvo*³.
Un último estruendo
viene de la calle Tlomacka.
Son las ocho y quince de la noche
en esa latitud.
Ha sido derribada,
desde sus cimientos,
la antigua sinagoga.
Jürguen Stroop, de pie,
con su elegante traje gris
sin una mancha,
declara derrotado el alzamiento.
Ordena preparar los trenes a Treblinca
para enviar
al resto de los “subhumanos”
que sobreviven.

La muerte no tendrá señorío.
¿Es cierto Dylan Thomas?
¿Qué hacías?
¿dónde estabas
ese dieciséis de mayo
de mil novecientos cuarenta y tres
cuando la muerte impuso su gobierno?
¿Deambulabas por las desiertas calles
del Londres bombardeado?
¿Escuchabas ya,

³ Eliseo Diego

las sordas campanas
de tu pequeño pueblo imaginario,
al que le profesabas,
desde siempre,
una mezcla de rencor y devoción?
¿Sentías el rumor de las olas
de su mar oscuro y agrio?
¿Sospechabas, desde entonces,
esa luz de amanecer
que borraría la jadeante noche
del ciego capitán y prolongaría
los teatrales suspiros de Polly?
¿Embriagado y sin destino,
cabalgabas
en el oscuro potro de Platón?
Nunca lo sabré,
es inútil indagar, Dylan Thomas.
Las palabras no pueden
darle temperatura
y cuerpo a los recuerdos,
mucho menos fijar
la memoria del porvenir
en las cosas que fueron.
A veces siento el apremio
de aceptar
la sugerencia de Lautreamont
y quisiera dirigir mis pasos
hacia atrás
siguiendo, durante el invierno,

el vuelo de las grullas
a través del silencio.

Ese extraviado dieciséis de mayo,
donde no te encuentro,
yo abría, por primera vez,
mis ojos a la luz, sin sospechar
que un día como hoy,
cuando vuelve la Peste
a establecer sus dominios,
tú me estarías advirtiéndome
sobre las trampas de la oscuridad,
sobre esa *hipócrita negrura*
que no respeta
el transcurrir del tiempo.

La muerte no tendrá señorío.
¿Es Cierto Dylan?
Qué respondería Lili Tofler,
la muchacha judía asesinada
el veintiuno de septiembre
de ese año
mil novecientos cuarenta y tres.
Pienso en ella,
puedo verla entre las flores
mientras le entrega, a Abraham Solarz,
la carta fatídica,
la misiva envuelta en rosas rojas
teñidas por su sangre,

quiero decir, a Beurgger all
perdón, a Llareggub.
Soy viajero en tu voz,
recorro Coronation Street,
me golpea la cara
el *tranquilo viento musical y salado*.
A un lado y otro
duermen las *ciegas casas*.
Siento el peso del silencio.
No el silencio sin ruido,
sino el silencio *pérfido y rocoso*⁵
que se nutre
de la insatisfacción y la ignorancia.
Solo están despiertos los gatos.
Puedo oír el lamento de un ahogado
que ha *vivido como un fantasma
entre fantasmas
que viven como hombres*.⁶
Las puertas se cierran
para evitar la invasión
del polvo y la noche.

Puedo escuchar, contigo,
el sueño de los que duermen.
El olor a cuero elemental
revela la respiración del zapatero.
Percibo la oración mal conjugada
del maestro que quiso ser poeta

⁵ Lezama Lima

⁶ Fayad Jamis

y te odiaba sin remedio, y repetía,
con los que después fingen adorarte,
que eras una vergüenza para todos
y tus versos
puras galimatías de borracho.
Sueña Willy Nilly, el cartero,
no con la misiva que debe entregar,
sino con la carta que espera
desde siempre,
la que indicará las rutas
para salir del pueblo,
para dejar atrás
esa asfixiante humedad
que viene de la bahía.

Siento en el aire,
más que la caída del rocío,
o el olor de la cerveza
delgadita y torpe
que bebías noche a noche
en la taberna,
el *oscurísimo alboroto*
que viene del cementerio de Bethesta.
¿Puedes oír cómo dialogan
Dancing Williams, Jonah Jarvis,
Rosie Probert,
y Tom-Ferd, el acemilero,
con el fantasma de los vivos
que yacen en sus camas?

Cierta tarde,
cuando triunfaba marzo,
Dylan Thomas,
llegó a las costas de La Habana
un Norte inesperado.
El mar, furioso,
se levantó de pronto
abrazando la torre del viejo faro,
golpeando la frontera
que pretende aislarlo
de sus caletas antiguas,
deshaciendo el hormigón de las aceras,
convirtiendo en canales las calles
donde, en tiempos inmemoriales,
se estampaba la salada espuma
y tenían su guarida los cangrejos.
Yo contemplaba,
desde mi improvisada y propia colina,
ese hermoso y aterrador espectáculo.
De pronto recordé tu voz múltiple
llamando a contemplar el mar,
tu oscuro mar,
el que resguarda y amenaza
ese pequeño pueblo marinero
de cúpulas tímidas,
de calles empedradas
con guijarros informes.
Diminuta villa que amabas
con esa mezcla de desprecio

y devoción
de la que di noticia en estos versos.
No sé por qué,
pero siempre descubro en tus poemas
una suerte de ausencia inexplicable,
esa sensación de ser *extranjero*
*en las fiestas de la ciudad.*⁷

Tu voz marcada por el salitre
y la cerveza ronca,
me conmina para que hable del mar
de tus primeros días.
Pero tú mismo dices que es *agrio y negro*.
Resulta difícil verlo
en estas olas
que se estiraban en La Habana
para tocar el cielo gris de la tarde
sin traicionar el azul
que enceguece al mediodía.
Las ciudades huérfanas de mar
se consumen en sí mismas,
no convocan al viaje o al regreso,
desconocen
los mapas tallados por la sal
sobre las verjas,
sobre los muros altos,
sobre la piel.
La Habana nació del mar
y al mar se debe.

⁷ Saint-John Perse

Ver transcurrir las horas
frente al batir sereno
o desordenado de las olas,
es como nacer con cada golpe
de la espuma en la costa.

Yo he contemplado muchas veces el mar.
Nada se compara
al tránsito de la luz sobre las aguas.
El mar ahora es azul,
luego violeta,
cuando salga la luna
fingirá ser de plata.

A veces pienso,
con Saint-John Perse,
que el mar es uno solo,
que es el mismo siempre,
que esa ola
bañando ahora mismo
la anfibia arena de mi playa,
es la misma que empujaba
los ligeros birremes de Agamenón
hacia las murallas de Troya.

Dice Gastón Baquero, Dylan Thomas,
que tú *naciste en un cuento*
de Tennessee Williams,
ahogado por la amarguísima leche de la vida,

Cuántas veces he despertado
con la sensación de venir de un sitio
del que nadie regresa.
Nunca sabré si fui empujado
o si yo mismo decidí esa ruta.
Solo sé que despierto
convencido de que toqué el silencio,
que pude aquilatar su densidad, su frío.

Siempre vendrá la noche, Dylan Thomas.
Los habitantes de Llareggub,
esos fantasmas entrañables y ajenos,
seguirán viviendo
en los sueños que forjaste para ellos.
Despertarán en cada primavera,
pero serán distintos,
hijos de *las eras imaginarias*,⁸
marcados para siempre
por la inmortalidad,
pero mientras *haya un parasiempre*
seguiremos en la ruta.
Nada importa si alguien decide
Soplar *la pluma de la muerte*.

⁸ Lezama Lima



II

Llueve en la Isla, Dylan Thomas,
en mí isla, no en la península
donde tu pequeño pueblo marinero,
de cúpulas elementales,
mira el oscuro y agrio mar.

La lluvia, al igual que la muerte,
tiene su señorío irrevocable
aunque se lo neguemos en los versos.
En la Isla, la lluvia no tiene una estación,
viene cuando el viento la empuja
desde más allá de las olas,
desde donde el Sur
pierde su identidad y se convierte
en Norte de otras tierras.
Tiene muchas formas de anunciarse.
En mayo llega con un estruendo,
pinta de negro el cielo,
parece que volverá el diluvio,
pero el aire la empuja
y se deshace lejos de la costa.

Hay días en que viene huracanada,
arrastrada por los vientos de octubre,
y rompe todo a su paso.
Es tímida en noviembre,
cae como si no quisiera,
como polvo de agua,
transformándose en diminutos
ríos horizontales,
empapando las alas de las codornices,
calando el corazón de las piedras.

Sé que en Swansea
y en Laugharne,
la lluvia baja
de las montañas negras
o viene rodando,
como ronca tormenta,
sobre las aguas
del Canal de Bristol;
o arrastrada desde el Sur,
alimentándose
de la terca humedad de la bahía
que custodió tu infancia
y marcó con yodo y sal tu adolescencia.
Tu país, Dylan Thomas,
va de la luz cambiante sobre el agua
a la niebla que baja de las colinas
con rumor a bosque antiguo.
El reloj marca la temperatura
de las estaciones.

pero un gusano,
puede contar mejor el verano
que el reloj,
y una babosa ser
el calendario vivo de los días
en estos tiempos,
donde un insecto nos recuerda
que el mundo se desgasta.

He visto la soledad anclada
en las brumosas tardes,
naciendo de las dilatadas extensiones
que custodian el puerto de Aberystwyth;
el viento frío, la lluvia persistente
mojando los techos de las casas
levantadas en medio de la nada.
Casas donde acecha el rencor
y el individualismo más feroz.
Los hombres y mujeres de esas tierras
son duros,
marcados por la lejanía,
sostenidos por un egoísmo
enfermizo
como única manera
de salvarse a sí mismos.

Las estaciones,
como alguna vez dijiste,
deben ser desafiadas.
Quevedo habló del frío ardiente
y del helado fuego.

La primavera en Gales
resulta breve,
pero al despuntar el sol de marzo,
como tributo a San David,
revientan los narcisos
y asoma su estandarte
el humilde puerro
que fue emblema de los Tudor
y aderezó los manjares de Cleopatra,
y dignificó el austero rancho
de Marco Aurelio.

En la Isla, mi isla, Dylan Thomas,
donde tu poesía tuvo asiento
y aún nos convoca,
la primavera llega con estrellas
que flotan en el vacío
y el otoño
es una dorada luz breve de octubre,
que se refugia en el crepúsculo
como un alazán remoto
tallado por el sol.

Los atardeceres tienen tintes distintos
según la latitud donde se encienden.
¿Cuántas veces viste escaparse esa luz
sobre las aguas de la bahía de Swansea?
¿Qué murmuraban los robles distantes,
las rencorosas piedras de los castillos

que vieron desfilar bajo su sombra,
reyes que creyeron eterno su poder
y de ellos no queda ni memoria;
o las colinas que te vieron correr,
sin sospechar que el tiempo
te reservaba ciertos triunfos,
algunas heridas incurables,
y un amor tumultuoso
anclado en la fidelidad, la duda y la traición?
¿Dónde quedaron los amigos del verano,
esos muchachos de luz paralizados en su locura,
adolescentes para quienes la inmortalidad
tenía sus nombres
y era tocable en la piel de cada uno?
Los buscos en tus versos,
en las bifurcaciones del Bosque Lácteo;
quiero encontrarlos en la memoria
pero se diluyen
en la amarga espuma de la cerveza,
en la falsa alegría de las tabernas,
en la resaca de las olas
o en el vuelo sin destino
de los negros pájaros
que confunden el Sur
con cierto resplandor inexplicable.

Siempre vuelvo a tu poesía, Dylan Thomas,
a la presencia de la muerte que,
como la *lengua negra de las campanas,*

te persigue sin darte tregua
y encuentra acomodo
en tus poemas
donde *los muertos hacen fluir el mar.*

La muerte no tendrá señorío,
lo repites una y otra vez,
como un exorcismo.
Siempre sentiste sus alfileres de hielo
alojados en cada poro de la piel.
Conozco esa sensación.
Me dejó en la espalda una cicatriz
por donde se fue un día
la mitad de la vida
o entró, un día, la mitad de la muerte.

El tiempo nos marca, Dylan Thomas.
No podemos escapar a sus presagios.
A veces, como hoy,
siento que soy rehén de sus caprichos
y no sé si un tigre loco
o un escorpión cercado por el fuego
es lo que llevo dentro del pecho.
¿A dónde ir?
¿Contra qué muro romper mi sangre?
Me mata ese aguijón encarcelado
ese rugido
que no logro sacarme por la boca.

Naciste, Dylan Thomas,
cuando los corceles del Apocalipsis
cabalgaban de nuevo,
grabando sus cascos con fuego
en la frente de Europa.
Era mil novecientos catorce
y era octubre.
Los atabales de la guerra
cambiaban los colores del otoño,
*la luz era tísica y la sombra gorda.*¹

Naciste marcado por la muerte.
Tu afán de negarla no aplacaba
la certeza de su inevitable
y temprana visita.
No solo está en tus versos,
donde se oyen graznar
extraviados pájaros negros
manchados de un blanco neblinoso
y agorero.
Cada noche la descubrías
en el fondo de la copa,
donde los residuos del alcohol
dibujaban los círculos insondables
de sus cuencas vacías.
No era delirio, tú veías esa ruta
sin origen ni fin,
esa línea trazada
por el dardo implacable.

¹ Cesar Vallejo

Rodeado por la muerte y la Peste
fuiste creciendo, Dylan Thomas.
Tu primer llanto se confunde
con el lamento del soldado herido,
rompe el silencio
del que ya no volverá a ver el sol,
ni sentirá el aire desordenando el pelo
de la mujer que ayer corría descalza
fingiendo que escapaba de sus brazos.
Nosotros, Dylan Thomas,
conocemos a esa mujer
colmada de verano,
con el deseo reventando en su piel,
derramándose,
el vientre hecho un rumor
de ríos subterráneos,
y los pechos,
potros desesperados
batiendo el tambor de la llanura.
Neruda quiso hacer con ella
lo que la primavera hace
con los cerezos.
Vallejo se crucificó
sobre los dos maderos
curvados de su beso.
Para Gelman, era un golpe de vino
en medio de los hombres.
Omar Lara la presintió
en Puerto Caliú,

envuelta en una niebla amarilla
mientras esquivaba
la sombra de la muerte.
Wichy el Rojo evita posar sus manos
sobre el cuello inocente
y prefiere amar
el modo donde ella ignora que él existe.
Luís Díaz decide perderse
en el desenfado de su vientre.
Machado nunca supo si era la sed
o el agua en su camino.
Y Cos Causse, el hermano entrañable,
asegura que se convertirá
en leyenda para los poetas del futuro
porque uno nunca sabe
en qué amor acabarse,
en que salto cruzar las cenizas.

Mientras escribo estos versos,
Dylan Thomas,
pienso en Caitlin, tu Caitlin.
No en la joven
detenida en la foto de la taberna,
sino en la muchacha
marcada por la irreverencia
y el hambre de mundo.
En la mujer que conociste,
sin saber que sería para siempre,
en un ruidoso *pub* de Fitzovia,

donde se juntaban ciertos talentos
y la más rancia medianía intelectual.

Quiero imaginarla desnuda,
en la boca del río,
con el mar a la espalda,
inaugurando el agua con su pelo,
ajena a las nieblas del Norte
y al rencor del aire.
Imagino el amor y el odio
saliendo por sus ojos
cuando te suponía
fundiéndote a otra piel.

Para ti, a pesar de tus bifurcaciones,
escribir su nombre era suficiente.
Huías de las dulces palabras
que empalagan
aunque, según confiesas en tu carta,
las susurrabas para ti mismo
día y noche.

Sabías que la rebelde era ella,
no necesitaba aturdirse para rechazar
las convenciones hipócritas.

Todas las palabras
que tienen que ver con el amor,
decías en la carta que releo,

están en esa única palabra: Caitlin, Caitlin.

Puedo ver, a través de esa confesión,
sus ojos azules, su dorado pelo,
su sonrisa lenta, su voz lejana.
Estoy seguro, Dylan Thomas
que, a pesar de ti mismo,
ella nunca olvidó, ni por un momento,
aquellos largos y lentos días de resaca
en Laugharne, cerca del mar,
donde la amabas.

Sintió ese amor, como tú le pedías,
en las entrañas, en su matriz,
en lo hondo de sus huesos,
en la tibieza
de la cama compartida en la noche,
en la cubierta de la Casa Bote
donde se mezclaban
el sonido del mar,
el más hondo abandono
y la furiosa condición de amar.

*Sobre este continente llevo tu amor
dentro de mí.*

Sigo leyéndote, poeta.
*Tu amor va conmigo en el avión,
dentro de las habitaciones de los hoteles
donde abro mis maletas
medio llenas, como siempre,
de camisas sucias*

*y recuesto mi cabeza
y no duermo hasta el amanecer
porque puedo oír tu corazón
latiendo junto a mí,
tu voz diciendo mi nombre
y nuestro amor
sobre el sonido del tráfico nocturno,
sobre el neón brillando,
profundo en mi soledad.*

A Caitlin le obsesionaban tus manos.
Cuando llegó, ebria, a tu lecho de muerte,
rodeada de extraños
que habían convertido tus últimas horas
en un espectáculo,
lo primero que vio, fueron tus manos
a través de la indiferencia del cristal.
No estaba preparada para tu muerte,
quería y no quería estar contigo.
Sin saberlo
fue arrastrada a tu lecho último
y te vio detenido bajo las sábanas,
indefenso.
Te creyó muerto, pero estabas respirando.
Ella no podía entender
la manera en que lo hacías
y confiesa,
que lo único que podía ver
eran tus manos

descansando a los lados.
Todo anunciaba el final,
tu final Dylan Thomas,
pero también el de ella,
el final de un tormentoso
e irreplicable amor.
Te veías en paz, pero alejado.
Así te recuerda.
Entonces, sin saberlo,
sin que mediara un impulso consciente,
comenzó a golpear con su cabeza
los cristales
como si quisiera espantar a los curiosos,
haciéndoles saber
que tú, desde siempre, le pertenecías.

Vuelvo, Dylan Thomas,
sobre lo que alguna vez Caitlin dijo
para hacernos saber que tú sigues en ella:
Yo estoy pendiente de Dylan constantemente.
Pienso en su cabeza y en sus manos.
Si estaba deprimida,
regresaba a esa imagen,
recordaba tus manos, siempre tus manos,
pequeñas y estrechas manos blancas
con dedos largos,
como las manos de los artistas deben ser.
Cuando reaparece el recuerdo de Nueva York,
los eternos minutos

que antecederon a tu muerte, Dylan Thomas,
Caitlin recuerda que lo que más la golpeó,
lo que quedó grabado para siempre
en su memoria,
fueron *esos dos pequeños peces*
saliendo de las sábanas.
El tacto de tus manos,
se le grabó en la piel,
en la yema de tus dedos
estaba la memoria
de cada latido de su sangre,
el mapa de su cuerpo estremecido,
la historia de otro tiempo
donde se creyeron inmortales.

Vuelo a la biografía.
Nacer en octubre
de mil novecientos catorce
era abrir los ojos
a una luz empañada por la sangre,
sometida a la sombra que tanto aborrecías.
No sé si celebraron tu llegada
con la carne tierna
de los corderos de marisma,
esas mansas ovejas del estuario
que seguían pastando
mientras rugían los cañones,
y el fango devoraba las botas
de imberbes soldados que ignoraban
por qué tenían que morir o matar.

Wichy el Rojo, nos dice, Dylan Thomas,
que tiempo antes de tu llegada,
minutos antes de que abrieras
por primera vez tus ojos a la luz,
el soldado polaco
Wilhelm Apollinaris de Kostrowitzky,
enterrado hasta la cintura
en el fango de la trinchera
cerca de Lyon,
miraba la noche estrellada
del cuatro de agosto
de mil novecientos catorce.

Apollinaire, el poeta, salió de esa noche,
de otras muchas noches
y de la mortal herida en la sien
que lo volvió francés;
pero no pudo con la Peste
que, como colofón de la guerra,
paseó su estandarte
por todas las latitudes del planeta.
Pero tú, Dylan Thomas,
ajeno a su muerte,
ajeno a las muertes sucesivas,
repetías con Shakespeare,
que cada día
sobrepase en felicidad al precedente,
y elevabas tu voz de cuatro años
que aún no era tu voz.

Los mayores te escuchaban
y cerraban los ojos
rogando que así fuera.

Cada familia sangraba por el hijo
el padre o el hermano,
que en ese mismo instante
podía estar viendo
reventar la tierra a pocos metros,
mientras los obuses,
como enmascarados halietos,
salían a pescar
en las convulsionadas aguas de la guerra.

Todavía tu padre estaba ahí,
presintiendo en tus gestos
y en el brillo de tus ojos,
el porvenir que a él le fue negado.
Tú ni siquiera sospechabas, Dylan Thomas,
que muchos años después,
muchos muertos después,
cuando partió David John Thomas,
llenarías hoja tras hoja,
buscando las rimas que pudieran expresar
el hueco sin fondo de su ausencia.

Nunca sabré
si alguna vez te pregustaste,
por qué decidieron traerte a ese mundo

donde la muerte estableció su señorío.
Cuando un hombre
y una mujer se juntan, Dylan Tomas,
¿tendrán en cuenta que al hacer el amor
son como dioses,
que, en el acto de amarse,
de intercambiar sus jugos esenciales,
puede venir después un ser
que tendrá un nombre,
un modo de tocar las cosas,
un rostro para el beso o el azote.

El tiempo pasa,
la luna se reinventa cada noche,
entra por las rendijas,
cambia el ritmo de las mareas,
le *desprende a la campana*
*una muda sinfonía,*²
se esconde en la tupida lana
de las ovejas del estuario,
y viaja con el aire que traslada
la bahía de Swansea
a las ventanas de las casas
donde el sueño y la vigilia se confunden
con la incertidumbre y la esperanza.

Me parece oírte, Dylan Thomas,
cuando recuerdas
una adolescencia todavía incierta:

² Jesús Orta Ruíz, El Indio Naborí

*Sentí todo mi cuerpo joven
como un animal agitado,
sentí el escozor de las rodillas,
el corazón alborotado,
el largo calor entre las piernas,
el sudor ardiéndome en las manos,
los túneles que se hundían en mis oídos,
las bolitas de roña entre los dedos del pie,
los ojos en sus órbitas, la voz retenida,
el galopar de la sangre,
los recuerdos dentro de mí, tensos, atentos,
esperando el instante para saltar.*

A veces uno siente, Dylan,
que volver a casa duele mucho,
sabe que alguna vez salió,
que abrió la puerta,
que levantó otra aldaba
contra la madera
pero el sonido sigue lejanísimo
como un antiguo bronce en el desierto.
Otras, como Quevedo, sientes que entras
a una habitación hecha despojos,
ves tu propia sombra en un rincón,
y no hallas *cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte*³.

³ Francisco de Quevedo

No sé tú, pero yo me he soñado muerto
muchas veces.

De niño lloraba junto a un féretro vacío
o interrogaba a un público sin rostro.

Con los años se repite el sueño,
el hueco gris de la madera
tiene mi cuerpo.

Veo el rostro de mis veinte años.

Solo mis ojos ya no son mis ojos
ni tampoco los ojos que me esperan.

De espaldas, en la sala vacía,
hay siempre una mujer,
que pudo ser mi madre.

Canta en silencio esa canción de cuna
que nunca le escuché.

Anthony Hopkins, Dylan Thomas, recuerda
su traumática infancia en Port Talbot.

No sé si alguna vez sentiste, como él,
en tu pequeña escuela,

el olor a leche agría y abrigos húmedos
de los que Hopkins habla con rencor.

¿Algo de ese rechazo a recibir amor o darlo
marcó tu existencia, Dylan Thomas?

Las vidas no se sustituyen.

Compartir el tiempo y el espacio
no significa que veamos

o palpemos

las mismas cosas;

que el rumor de la sangre
indique el mismo desespero
o el estallido de la luz nos borre por igual
o nos traslade de un mundo a otro.

Quiero oírte de nuevo, Dylan Tomas,
imaginarte volviendo la cabeza,
alzando la mirada
para fundar de nuevo Llareggub Hill,
y descubrir *entre los verdes*
y enjabonados arboles
las blancas casas de las granjas
esparcidas a lo lejos,
donde los granjeritos chiflan,
los perros chillan, mugen las vacas,
aunque sepamos
que todo esté demasiado lejos.

Cerca de la colina,
a la distancia de un quejido de campana,
marcada por cierta niebla de la memoria,
está la diminuta ciudad volcada al mar.
En ella *las tiendas chirrían al abrirse.*
Puedo ver al pequeño Mr. Edwards,
con cuello de mariposa y sombrero de paja,
a la entrada de Manchester House
tomando *a ojo la medida de los transeúntes*
para confeccionarles
sus camisas de rayas de franela,
o mortajas y blusas de colores.

Resopla Mr. Edwards *como un fuelle*
en la perversidad de su pensamiento.
El ciego capitán sigue sentado,
espera el repique del bronce
que antecede la salmodia
del reverendo Jenkin;
implora que la ciudad sea bendecida
sin que importe si morimos o no,
porque nadie es completamente bueno
ni tampoco totalmente malo.

Recorrer de nuevo Under Milk Wood,
intentar formar parte
de las voces múltiples
que llenan ese bosque legendario,
saludar en la delgada noche
a los muertos que duermen
en sus tibias camas,
o a los vivos respirando
en oscuros féretros de roble
mientras la brisa arruga
la superficie del agua
y se queja la tierra
por el implacable crecimiento
de las raíces,
resulta una experiencia inolvidable.

La Isla, Dylan Thomas, mi isla
sigue sufriendo los embates

del implacable viento norte
y sus propios cataclismos interiores,
pero sus murallas invisibles permanecen.
La Peste ha vuelto
a establecer sus dominios
y el Planeta agoniza.
Vuelve a mi memoria,
una y otra vez,
ese doloroso verso tuyo
donde adviertes
que un útero puede impulsar
la muerte
mientras se escapa la vida.

Quiero pensar que tú,
al igual que yo,
sentías la urgencia de descubrir
lo que ignorabas.
A veces,
para tocar las fronteras imprecisas del futuro,
hay que volver al comienzo,
asumir los riesgos
de encontrar sus oscuros
o claros mecanismos,
saber si es el momento propicio
para los suicidios
o para la octava más alta de las flautas.

Vivir es un riesgo que asumimos, Dylan Thomas.



Lic. Guillermo Narváez Osorio
Rector

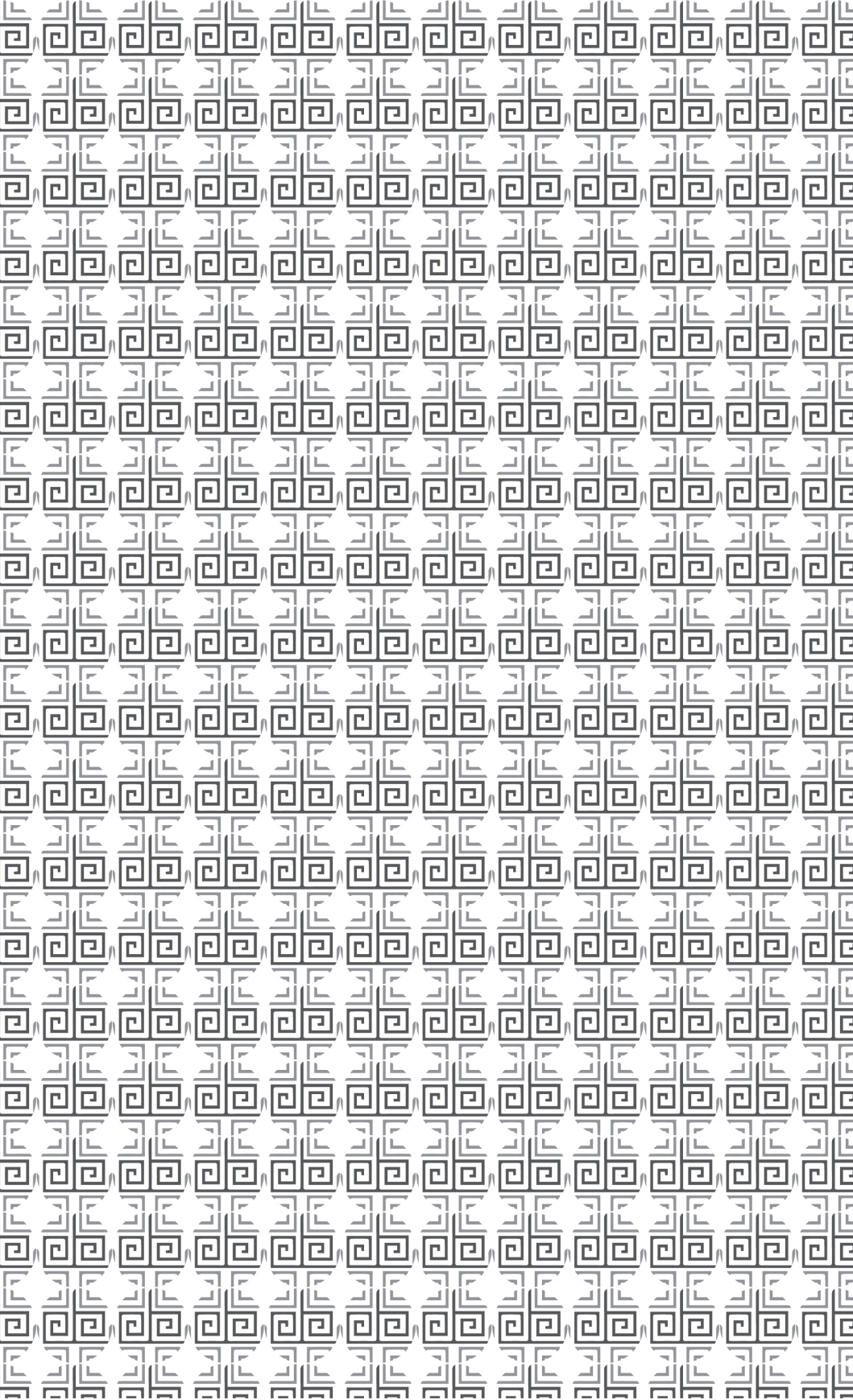
Dr. Luis Manuel Hernández Govea
Secretario de Servicios Académicos

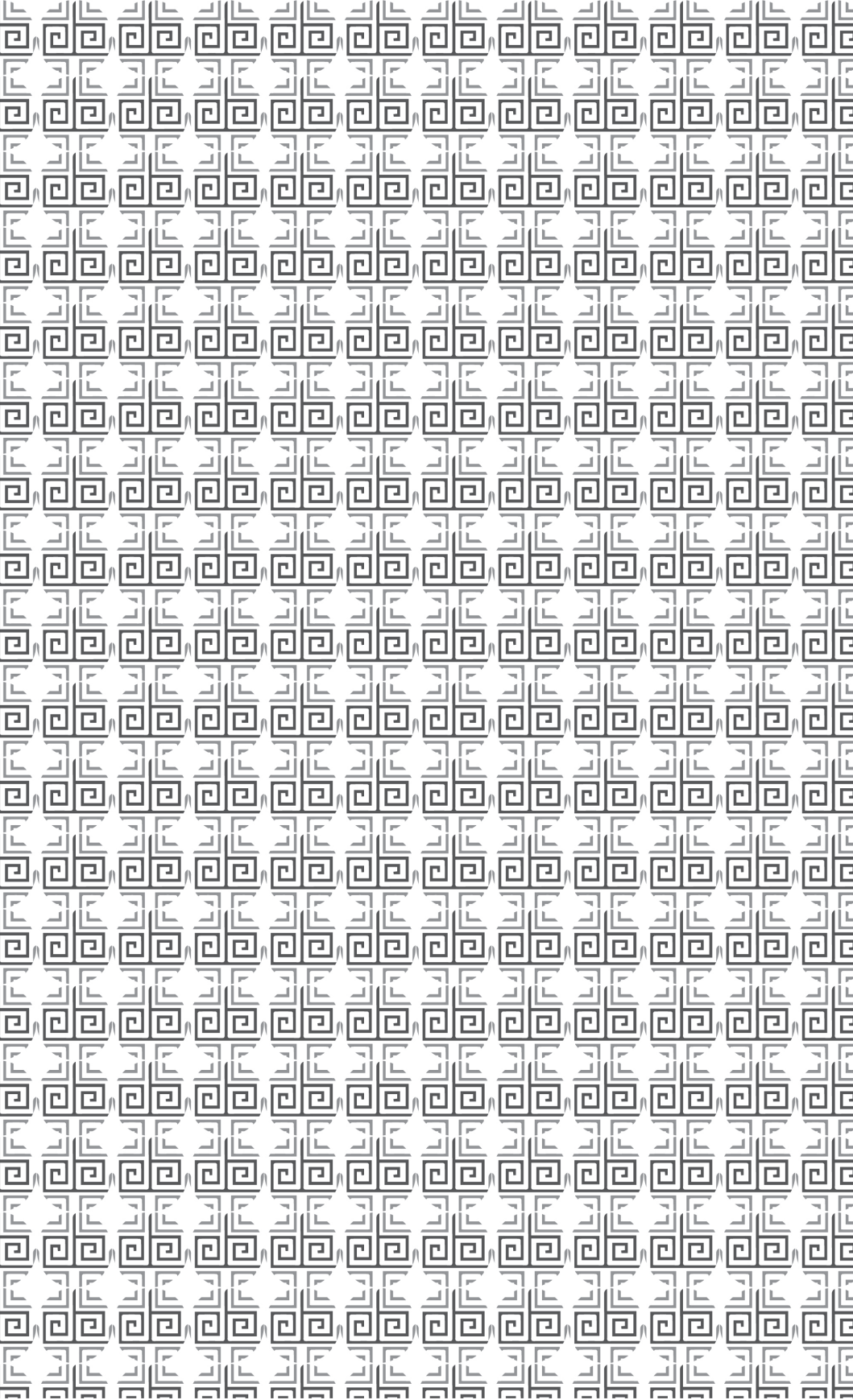
Mtro. Miguel Ángel Ruiz Magdónel
Director de Difusión Cultural

Mtro. Fredys Pérez Ruiz
Jefe del Departamento Editorial Cultural



Esta obra se terminó de editar el 13 de octubre de 2023 en Villahermosa, Tabasco, México. El cuidado de la edición estuvo a cargo del autor y del Departamento Editorial Cultural de la Dirección de Difusión Cultural y el Fondo Editorial Universitario.







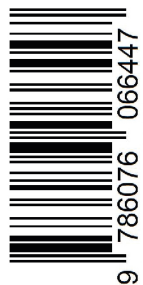
UNIVERSIDAD JUÁREZ
AUTÓNOMA DE TABASCO

“ESTUDIO EN LA DUDA. ACCIÓN EN LA FE”

Waldo es un poeta lúcido, reflexivo, meditativo; [...] no intenta imponer el rumbo de los días al destino, no intenta llevar la agenda del futuro, pero [...] sí quiere darle un sentido humano a la realidad y eso significa establecer un diálogo con el tiempo, [...] explicar la dimensión humana del tiempo, para hacernos entender que la vida es siempre una alegoría, porque caminamos por las calles, vemos la realidad, pisamos la realidad, pero junto a las presencias de todo aquello que se puede tocar, convive también la ausencia. Se trata de una poesía que busca la cordialidad y que busca la intensidad.

Luis García Montero

Poeta y novelista español



C O L E C C I Ó N

JOSÉ GOROSTIZA

Poetas del mundo